

I. LO FEMENINO Y LO SOCIAL



Lo femenino, la diferencia y lo social

PIO EDUARDO SANMIGUEL

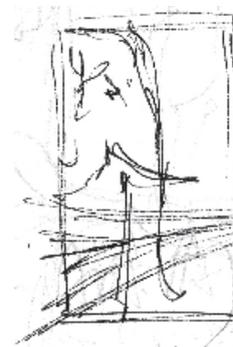


Falo/no falo es el fundamento único sobre el cual se establece la diferencia sexual. Pero falo/no falo es uno solo: el falo, su ausencia o su presencia, pero el falo. Este es un principio lógico que dice que si se pueden diferenciar el pene y el clítoris, así como se diferenciarían un vaso y un tenedor, es porque esta posibilidad que tiene el hombre de diferenciar unos objetos de otros crea entre los objetos así diferenciados una serie homogénea en algún punto, es decir que su diferencia supone que puedan ser reconocibles entre sí, o que hagan serie, como es el caso de la serie de los objetos pulsionales. Los objetos en una serie (niño, regalo, dinero, por ejemplo) son equivalentes entre sí, por cuanto todos vienen a desplegarse a partir de un objeto prototipo, objeto perdido que es el que los hace equivalentes para el funcionamiento psíquico; y al mismo tiempo, los objetos de las diferentes series son homogéneos entre sí sobre la base de su valor fálico, es decir que todos los objetos tienen doble pertenencia serial, que los hace al mismo tiempo homogéneos entre sí y homogéneos respecto al ordenamiento fálico. Esta es ya una manera de entender lo que puede significar desde Freud “primacía del falo”. Quiere decir que una vez articulada la significación fálica por consecuencia de la estructuración del Edipo, el falo primará, lo cual permitirá afirmar el valor fálico de todos los objetos independientemente de la serie pulsional a la que pertenezcan.

Por otra parte, esta serie tiene como antecedente otra diferencia que la hace posible. Lo que Freud entrevió en el juego de su nieto Hans, el juego del *fort-da*¹, puede considerarse justamente como el antecedente sobre el cual se organizará luego la lógica que funda el funcionamiento fálico de los objetos. La manera como Freud destaca ahí significantes en juego por pares opuestos, está indicando que ya desde ese esfuerzo del niño por articular su relación con el Otro, el Otro materno en este caso, los pares de oposición señalan la presencia o la ausencia de un solo elemento, es decir que los significantes en oposición lejos-acá son los lejos o acá de un solo elemento

¹ Sigmund Freud, “Más allá del principio del placer” [1920], en Sigmund Freud *Obras Completas*, vol. XVIII, Amorrortu, Buenos Aires 1976, ps. 7 a 62 [cfr. particularmente ps. 14 a 16].

que es la madre (y sobre todo él mismo en tanto falo de la madre) o, si se prefiere, la bobina, en la medida en que la bobina hace serie con la madre y consigo mismo. Es decir que ya en la matriz original, donde dice Freud que se puede observar lo que él llama un “logro cultural”, que consiste en adentrarse en el mundo de las palabras, entendido acá como lo que le permitirá una primera y fundamental posibilidad de tomar distancia del lugar que el Otro lo llama a ocupar (recuérdese aquí la nota al pie que es tan importante para entender en qué sentido es crucial esta experiencia, valga decir, lo que sucedió cuando, estando el niño cerca de la puerta, llegó su madre y el niño emitió un “¡Bebé-o-o-o-o!”), detalle que no solamente venía a confirmar lo que acababa de decir Freud, en el sentido de una preponderancia del arrojar lejos el objeto por sobre la parte del juego de *hacerlo regresar* a la cuna-corral, sino que quien se hacía ausente con las palabras así usadas era el niño, es decir, que el niño era el objeto que se ausentaba ahí, que pasaba a otro nivel, a otro registro, de manera tal que aun en presencia de su madre, él podía no estar, no estar para ella)², que ya en esa matriz original se puede decir que los niños y las niñas ingresan en una lógica en todo punto equivalente a la lógica fálica: un solo elemento en juego; la posibilidad de organizar pares de oposición que atañen a un solo elemento en juego (blanco-negro, alto-bajo, gordo-flaco, malo-bueno, cerca-lejos, con-sin, son pares de oposición en la medida en que remiten a un solo elemento cada uno, es decir que su patrón está implícito). Y no parece que una lógica de matices pueda venir a interrogar este punto. Es cierto que, tal como se acostumbra contestar, “no todo es o blanco o negro, hay matices, está la gama de los grises”, y el significante es justamente el que viene a demostrarlo, el que viene a crear series que bien podemos soñar como infinitas entre uno y otro, gris perla, negro noche, blanco marfil, las palabras seguirán en su tarea de desmenuzar la serie, infinitud de la serie que afina la diferencia al mismo tiempo que la difumina. Pero antes de llegar allí hay que detenerse a concluir que ya en el umbral del acceso de cada niño al uso del lenguaje articulado parece poderse observar una preponderancia de la lógica de ausencia-presencia de un único elemento que llamamos lógica fálica. Que, a diferencia de la manera como lo articulamos con ayuda del Edipo y de la etapa fálica, aquí el único soporte que podemos aducir para adjetivarla como fálica concierne a lo que sabemos articular sobre el deseo de la madre, es decir que su deseo es el falo. Que su deseo sea el falo lo constata con creces el Hans del *fort-da*, pues por alguna vía ha llegado ya a saberse él objeto-falo de esa madre, y a actuar en consecuencia, pues hay ya algo estructural que dice “no” a ocupar ese lugar en donde completa en tanto falo a la madre. Ese es el logro cultural, por un camino que Freud no deja de subrayar como masoquista, pues al mismo tiempo que renuncia a ser el falo de la madre, se adentra en el mundo de los significantes, o sea en el nivel en donde,

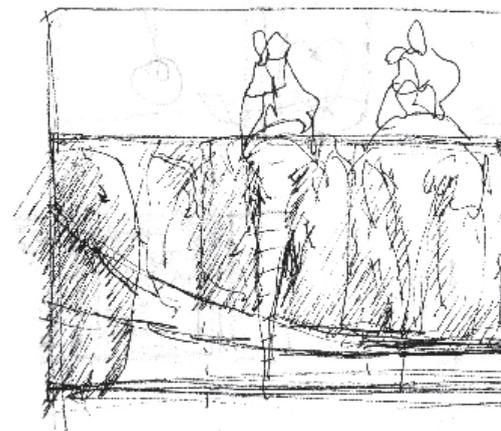


² Cfr. al respecto mi artículo “Genética de la adicción: estudio teórico”, publicado en el número 4 de la *Revista colombiana de psicología*, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá 1995, ps. 56 a 61, al igual que el capítulo V del libro de M. Safouan, *L'échec du principe du plaisir*, Seuil, París 1979.

por más que se vea tentado a buscar el objeto, no encontrará sino sombras. Por lo demás, se dirá que no hay ninguna razón para llamar fálica a esta manera de ingresar en el lenguaje (si acaso no es suficiente nombrar el falo como el deseo de la madre y encontrar las mismas lógicas en uno y otro), lo cual es cierto, pues la razón por la cual se la llama así es por una significación *a posteriori*. Este es uno de los escollos de la reflexión, puesto que en ese enganche de las significaciones es donde se plantea a menudo que hay un pase de manos que introduce lo fálico como omnipresencia, con el cual el psicoanálisis estaría justificando y ayudando a perpetuar desde lo teórico una posición androcéntrica.

El adjetivo “fálico” señala en el psicoanálisis un remitir la lógica de los pares de oposición, la lógica del completar o descompletar al Otro, a la etapa fálica y a la posición entonces fálica-castrada, pero, más allá, lo que hará del falo primado será el hecho de que la diferencia sexual pase a ser la diferencia de las diferencias, es decir que el hecho de que la diferencia sexual solamente pueda plantearse a partir de un solo elemento, de su presencia o de su ausencia, es, en último término, el verdadero primado del falo. Hay una diferenciación que prima por sobre las demás, que es la diferenciación sexual, y ésta se funda en un significante cuyo correlato es el cuerpo (el cuerpo del Otro materno sobre cualquier otro). Por esa razón, ese falo, que es un significante, lleva la marca del cuerpo, así no deba confundírsele ni con el “órgano, pene o clítoris, que simboliza”, ni con una fantasía o un objeto³. ¿Será necesario insistir en esto desde diversos ángulos? El falo es el significante de la diferencia, de la diferencia sexual en primer término, pero justamente su primacía, su valor prevaleciente, supedita toda diferencia a la diferencia sexual. Esto quiere decir que cualquier diferencia tiene, sobre la base de este privilegio por significación fálica, un sustrato sexual. Tal vez aquí se pueda radicar de manera cierta la afirmación según la cual todo es sexual en psicoanálisis. Lo es, por supuesto, en la medida de la primacía del falo, “el significante destinado a designar en su conjunto los efectos de significado”, y agrega Lacan, “en cuanto el significante los condiciona por su presencia de significante”. Esto último me parece consonante con algunas conclusiones que pueden derivarse del recorrido hecho hasta aquí, la mayor de las cuales, para esta disertación, es que las palabras señalan el ingreso del sujeto en el orden fálico.

Esto se puede observar volviendo sobre el juego del *fort-da*. Que un niño haga ese juego indica que ya antes del juego mismo el niño está inmerso plenamente en el lenguaje. Lo novedoso que hará será usar las palabras para ya no sufrir sencillamente el impacto del lenguaje sobre sí, sino para adoptar una nueva posición que es una posición activa; y esa posición le permite cavar un hueco entre él y el Otro, a costa de su ausencia.



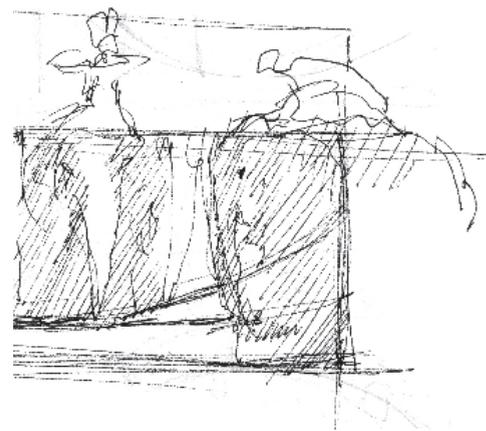
³ Jacques Lacan, “La significación del falo”, en *Escritos 1*, Siglo veintiuno editores (9ª edición), México 1981, ps. 279 a 289 [283].

Hay otro elemento más importante que señalar: si hemos erigido el falo como significante de la diferencia sexual, eso quiere decir que no es la diferencia, sino que tenemos que reconocer que al representar la diferencia tiende a obturarla en la representación misma. En otros términos, y respecto a la diferencia sexual, es necesario subrayar un callejón sin salida, si no una contradicción respecto a la manera como se teoriza el falo como el elemento que permite hacer la diferencia, la diferencia sexual. Si todo lo que pasa por las palabras se 'faliciza', y esto significa que todo queda de un lado, del lado del falo, ¿cómo es que se puede introducir la diferencia entonces? He aquí el segundo escollo, resultante de una lógica cuyas trazas podemos constatar aquí desde los primeros pinos del niño en el uso de las palabras hasta lo que la doctrina afirma, o sea, que llegada la etapa fálica, la primacía del falo por sobre las demás llevará al niño y a la niña, mediando los avatares edípicos, hasta la elección de su sexo: ¿en qué términos puede hablarse de diferencia sexual si lo único de que se dispone es del falo (presencia-ausencia) y de las particularidades del atributo fálico del niño y de la niña (presencia sobre fondo de ausencia, ausencia sobre fondo de ausencia)? La respuesta de Freud es tajante: no hay más representación o inscripción de la diferencia que la oposición fálico-castrado⁴.

En realidad, hay que reconocer que el falo, como único elemento que (en su juego ausencia-presencia) debe llevar a la diferenciación sexual, no permite de ninguna manera introducir la diferencia. Permite tal vez articular la diferencia, permite significantizar la diferencia, inscribirla y representarla, lo cual es un "siempre y cuando se encuadre en un orden fálico". La diferencia, sin embargo, no se introduce nunca; se la hace ingresar en el orden fálico y de esa manera se la hace entrar en la serie de lo homogéneo, de lo soportable, en el doble sentido del término.

Estamos entonces ante algo imposible, y sin embargo el psicoanálisis dice: hay sexuación, hay hombre, hay mujer, y consigo hay separación de las aguas del goce. Por supuesto, dice otras cosas también: que la libido es sólo masculina o que Freud no pudo avanzar más allá del *penisneid* cuando se preguntaba qué es la mujer, o que Lacan afirma que de esta manera la mujer queda entonces sin la posibilidad de encontrar una "escritura"⁵.

El falo tiene todas las posibilidades, ya lo vimos, para simbolizar una "privación o carencia de ser" (es Hans, quien con "¡Bebé-o-o-o-o!" se inflige una falta-en-ser, un no ser el falo que presente como demanda de esa madre al llegar), pero justamente en el campo del falo que es donde –también lo hemos visto– se organizarán los objetos, todos como objetos fálicos, lo imposible-en-ser puede vivirse como una falta-en-tener. Hay denuncias que recaen sobre lo imposible, es decir, reivindicaciones que se viven como frustración que, sin embargo, es en una privación de base donde tienen fundamento.



⁴ Tal repartición no deja de introducir algo cuyo rasgo perverso salta a la vista, por lo demás, a manera de una tendencia que apunta a hacer recaer la castración sobre el otro, para evitar tener que reconocer la castración materna; rasgo perverso que, como podrá deducirse, no resulta ajeno a las lógicas del funcionamiento social.

⁵ Cfr. Jacques Lacan, *El seminario de Jacques Lacan, Libro 20, Aun, 1972-1973*, Paidós SAICF, Buenos Aires 1981, p. 125.

⁶ Lo cual corresponde de hecho a lo que le ocurre a la histérica. Ella tiene una pregunta por la diferencia de los sexos, pero su intento por responder la lleva siempre e irremediadamente a encontrarse con el falo y con la demanda del Otro. De esta manera la histérica troca lo imposible por lo insatisfecho, que es lo insatisfecho de un deseo, lo cual hace insatisfactoria su respuesta a la pregunta sobre lo que es una mujer.

⁷ Esto supone también la función de una metáfora sexual: "De cualquier manera vuelve a encontrarse la cuestión de estructura que introdujo el enfoque de Freud, a saber, que la relación de privación o de carencia de ser que simboliza el falo, se establece de manera derivada sobre la carencia de tener que engendra toda frustración particular o global de la demanda, y que es a partir de este sustituto, que a fin de cuentas el clítoris pone en su lugar antes de sucumbir en la competencia, como el campo del deseo precipita sus nuevos objetos (en primer lugar el niño por venir) con la recuperación de la metáfora sexual en la que se habían adentrado ya todas las otras necesidades." Cfr. "Ideas directivas para un congreso sobre la sexualidad femenina", en Jacques Lacan, *Escritos 1*, *op. cit.*, ps. 290 a 301 [294-295].

⁸ Se me ha señalado el malentendido que encierra esta expresión, así como esta otra que hacía parte de la presentación de un borrador preliminar de este texto en las *Lecturas psicoanalíticas de los jueves* del 2 de noviembre del 2006: "[...] el carácter humano de la mitad de los hombres que son las mujeres". El uso del genérico "hombre" en español introduciría cartas marcadas de entrada, pues desequilibraría arbitrariamente todo el género del lado del masculino, haciendo coincidir así "ser humano" con masculino y dejando por fuera a "la mitad de los hombres que son las mujeres", al mismo tiempo que forzaría a comprenderla en el sentido del insulto: una mujer no sería más que la mitad de un hombre. Esta sería, pues, una renegación, en opinión del comentarista. Lo es, en efecto, en la medida en que una mujer, pasada por palabras, sólo puede ser mal dicha y maldita, es decir *maldecida*, como ya lo señaló Lacan. La pregunta que se plantea ahora es si puede ser de otra forma, es decir si, tal como lo sostiene el feminismo, el androcentrismo es un mero asunto

La envidia del pene es un ejemplo de lo anterior. Las exigencias de una mujer o de un hombre cuando se basan en una privación que sin embargo se experimenta no como tal, sino como frustración, conducen a formular resarcimiento o redención de la falta de dicho objeto, a manera de un pedido que irá siempre dirigido al Otro, o mejor, a las figuras del Otro en las que generalmente se lo encarna o imagina. El sujeto se vive como desprovisto, como faltándole algo, disminuido, y hasta castrado en el sentido que adquiere en términos sociológicos, y cifrará su redención en la posibilidad de recibir lo que piensa que lo tiene así. Por esta vía no hay manera en que el sujeto pueda alcanzar o abordar nada que concierna a la diferencia⁶. No hay manera de responder a reivindicaciones que recaen en un imposible (lo cual le conviene a la histérica).

En este punto la significación fálica se erige como institución allí donde determina lo que puede acogerse de la diferencia, lo cual no parece ir muy lejos: va hasta la diferencia fálico-castrado o la diferencia entre ser y tener. Pero también estamos, en esta articulación del ser con el tener, allí donde se conforma la serie de los objetos como objetos del deseo, y justamente es así como hay que entender que aparece el niño como objeto deseado más allá del desplome de la elección del clítoris en la dinámica de la envidia⁷. La significación fálica se comporta como toda institución, es decir, tiene espíritu de cuerpo. Lo tiene de la misma manera como lo tiene el Edipo como institución o la ley de la exogamia en los albores de la cultura. Esto y no otra cosa es lo que define el campo de lo social, es decir, en últimas, la misma lógica fálica. Para intentar hacer precisión sobre los términos, creo que lo que queda de la alteridad sexual en lo social es lo femenino; lo femenino es la manera como lo social soporta la diferencia sexual; pero en términos generales, las mujeres ingresan a lo social en tanto hombres en el sentido genérico del término. Es porque son tan hombres como los hombres⁸ que pueden estar allí, es decir que están tan sujetas como los hombres al

histórico donde el género masculino se ha apoderado arbitrariamente de los significantes de la humanidad, asunto entonces por corregir corrigiendo el error en el uso de la lengua. En mi opinión, y tal como se puede derivar de este artículo, la lengua no se equivoca al amarrar el orden fálico al masculino, amarre que ocasionó y sigue causando los funestos estragos sobre las mujeres, comprobables en todo grupo cultural sin excepción. La Escuela de Estudios de Género ha puesto de manifiesto ejemplarmente el carácter ideológico de tal maledicencia en una reciente emisión de su programa "Todas y todos"

de la Radio Universidad Nacional, en el uso adjetivado de ciertas expresiones (perro-perra, hombre fácil-mujer fácil, hombre público-mujer pública, prójimo-prójima, lobo-loba, Dios-diosa...). La perpetuación del androcentrismo que le es implícita, ha llevado a plantear la solución de corregir los usos gramaticales con reglas del buen decir, tal como el mismo programa lo explicita: no se debe decir "derechos del hombre" sino "derechos humanos", "niños" o "alumnos" sino "alumnado", etc., de tal manera que la niña no tenga siempre el temor a ser castigada si sale o si no sale del salón cuando se dice

lenguaje, valga decir, que son sujetos y nunca sujetas⁹, y de la misma manera desean; desean en femenino seguramente, si se acoge esta sucinta diferencia entre lo femenino y la mujer, pero no es claro cómo pueda ese deseo hacer diferencia para lo social, pues es enganche con el falo.

La diferencia es percibida por la institución social como peligrosa, como violencia que desarticula, que fragmenta (uso estos dos adjetivos para señalar cómo el encuentro con la diferencia se vive en la lógica del cuerpo, que es lógica de unidad especular); recuérdense las dos respuestas de la institución al encuentro con la diferencia: la paranoia y el proselitismo. La paranoia, situándola siempre como un afuera amenazante, y el proselitismo, como un adentro en devenir: lo que está afuera no se ha dado cuenta aún que es de los nuestros, pero ya lo hará, ya lo hará¹⁰.

Entonces, pensar en que lo social incluya la diferencia sexual supondría una transformación de esa estructura que lo gobierna. Para lo social, la diferencia parece ocupar el mismo lugar que ocupa ésta para la significación fálica. El *fort-da* no introduce diferencia sexual, la lógica de presencia-absencia del falo no introduce la diferencia sexual, la serie de los objetos del deseo tampoco la introduce (los objetos son a-sexuados). Lo que sí introduce todo esto es igualdad-desigualdad y este es el campo de las luchas sociales. Hay un trueque: la diferencia por la desigualdad, y con este cambio lo social se permite redefinir el campo de lo posible y de lo imposible, de lo necesario y de lo contingente. Lo femenino¹¹, sería absolutamente contingente. Por

“los niños pueden salir a recreo”. ¿Pero no se juega esto justamente en el eje igualdad-desigualdad, tal como lo desarrollo aquí? ¿Y en ese eje, no se paga acaso con el borramiento de la diferencia sexual? Por supuesto, hay que saber para quién se trabaja, y en este caso la lucha es decididamente en favor de la igualdad de los géneros, lo cual es una elección. Ello no impide que se atisbe lo que se obtura con dicha elección: la diferencia entre los géneros en tanto diferencia sexual. Si la pretensión de introducir modificaciones en la lengua para aminorar o eliminar la transmisión de una posición androcéntrica evoca la vana pretensión del marido de erradicar la infidelidad de la esposa deshaciéndose del sofá de la sala, el peligro que conlleva dicha elección por la igualdad recuerda que al botar el agua de la tina del baño puede uno estar deshaciéndose también del bebé que pretendió dejar limpiécito. No es claro, entonces, que el orden de

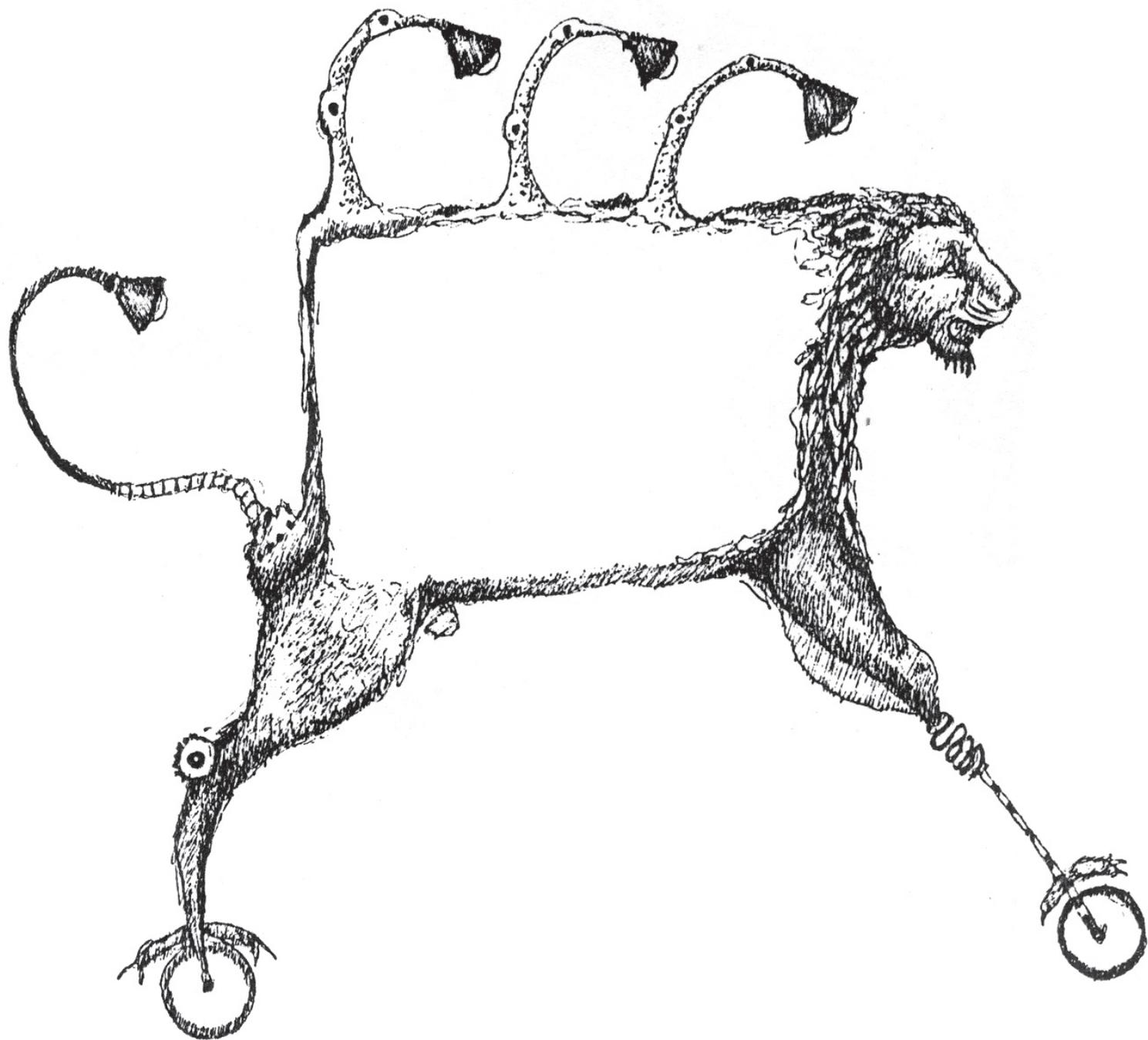
los factores no altere en este caso el producto. Si desde el psicoanálisis puede constatarse que el lenguaje no es en el ser humano una especie de protuberancia secundaria, apenas adaptativa en términos de comunicación, sino su hábitat, su naturaleza, más convendría preguntarse, antes de tratarlo como un error, qué real cierge dicho ordenamiento fálico que lo liga con los seres hablantes que en su cuerpo llevan pene, es decir, el representante del falo. Tal vez se nos abra entonces, a pesar de la dificultad, la posibilidad de pensar la diferencia sexual no como oposición al falo sino como algo que se juega entre lo simbólico y lo real.

⁹ Seguirá siendo cierto, sin embargo, que el pez cae por la su-jeta.

¹⁰ Cfr. Patrick Guyomard & Alain Vanier, “Las formaciones de la institución”, en Maud Mannoni, *De la pasión del ser*

a la locura del saber. Freud, los anglosajones y Lacan, Editorial Paidós, Buenos Aires 1989, ps. 159-184.

¹¹ El término “femenino” parece requerir urgentemente de una exégesis, pues su uso en tan diversos contextos hace de este un comodín de amplio espectro. El psicoanálisis no parece haber forjado con él un concepto, y por ello es más necesario que insista en precisar nuevamente que lo uso aquí tal como poco más arriba propuse entenderlo. El uso más generalizado en Freud hace de “femenino” una adjetivación del sustantivo “mujer”, de su sexo o de su genital. Esto es cierto hasta en su expresión “falo femenino”, es decir, el “miembro femenino”, valga decir, el miembro faltante en la mujer a ojos del varoncito fisgón [Cfr. “Fetichismo (1927)”, en Sigmund Freud, *Obras Completas*, vol. XXI, *op. cit.*, p. 149]. Pero conviene señalar además que Freud no logra precisar mucho ni lo masculino ni lo femenino, aunque sospeche que esto no lo llevaría sino a confirmar que la libido es masculina: “[...] si supiéramos dar un contenido más preciso a los conceptos de «masculino» y «femenino», podría defenderse también el aserto de que la libido es regularmente, y con arreglo a ley, de naturaleza masculina, ya se presente en el hombre o en la mujer, y prescindiendo de que su objeto sea el hombre o la mujer” [Cfr. “Tres ensayos de teoría sexual (1905)”, en Sigmund Freud *Obras Completas*, vol. VII, *op. cit.*, p. 200]. Por otra parte, nada más reduccionista que afirmar que Freud asimila masculino y femenino con el par actividad-pasividad respectivo. Ya en 1913 señala cómo dicha reducción supone pasar de una perspectiva pulsional a una de metas: “[...] hablamos de cualidades y aspiraciones anímicas «masculinas» y «femeninas» cuando en sentido estricto las diferencias entre los sexos no pueden reclamar para sí una característica psíquica particular. Lo que en nuestra vida corriente llamamos «masculino» o «femenino» se reduce para el abordaje psicológico a los caracteres de la actividad y de la pasividad, es decir, a unas propiedades que no se enuncian sobre las pulsiones mismas, sino sobre sus metas.” [Cfr. “El interés por el psicoanálisis [1913]”, en *Obras Completas*, vol. XIII, *op. cit.*, 1976, p. 185]. Lo cual es “harto poco”: “El psicoanálisis [...] no puede esclarecer la esencia de aquello que en



lo demás, recuérdese aquí lo que ya señalé arriba sobre lo posible o lo imposible de la reivindicación: hay cosas que pueden parecer imposibles pero que luego pasan a ser posibles, por ejemplo el matrimonio entre homosexuales. Es cierto que toda institución es homosexual, no solamente el ejército y la iglesia, que acusan el golpe de manera evidente, sino que la institución social es homosexual como se puede desprender de todo lo anterior. Lo femenino en él puede ser redefinido según las necesidades del cuerpo social, hoy en día como “ética del cuidado”, como “no corruptas”; y puede tal vez suponerse que es en la medida en que lo social dispone actualmente de los medios para hacer pasar la desigualdad de los grupos minoritarios (en la democracia un grupo minoritario puede empezar en un individuo) como lucha por la diferencia, que también las homosexualidades pueden luchar por su lugar en la serie. Ahí se ve cómo hay reacomodaciones posibles, y es plausible considerar que lo femenino haya tenido y siga teniendo un lugar preponderante en esas reacomodaciones sociales.

Las llamadas nuevas subjetividades son una manera de redefinir para lo social el asunto de la alteridad; es la manera como en lo social luchan actualmente las minorías por acceder a la igualdad. Es la diferencia sobre la base de la igualdad, o aun, la igualdad en el derecho a la diferencia. Cada grupo aboga por conservar su diferencia, por qué no. Los homosexuales buscan conservar su particularidad, y justamente en este caso resulta sencillo demostrar que ésta se organiza alrededor del falo. Pero esta afirmación es válida también para las minorías étnicas o los grupos de madres cabeza de familia, etcétera; en todas esas luchas se trata siempre de conquistar lo que pueden sentir que no tienen y que al mismo tiempo pueden pensar que los otros, en cambio, sí tienen: derechos en general, laborales, políticos, etcétera, y esto le da a esas luchas un carácter decididamente fálico. Entonces el psicoanálisis no puede confundir este sujeto con el que él descubre en la clínica, y aunque se le parezca hasta la confusión, no es un sujeto en tensión con lo imposible del sexo. Este otro sujeto es el que, en cambio, más le conviene a la economía de mercado; sujeto definido no por un imposible sino por una tensión igualdad-desigualdad, que es la que subyace a la democracia que lo sustenta¹². No se puede estar contra esas luchas como no se puede estar contra la

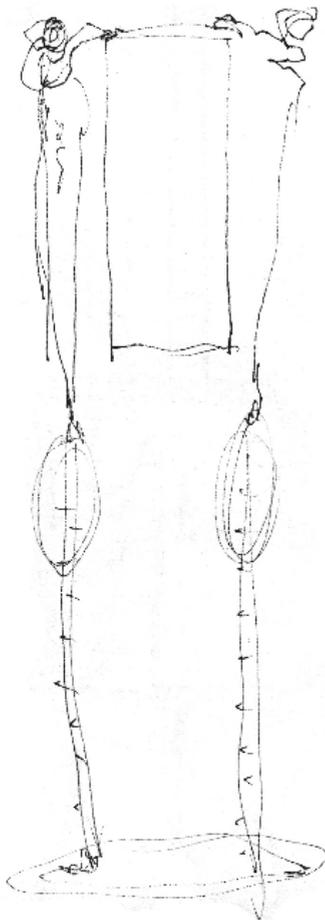
sentido convencional o biológico se llama «masculino» y «femenino»; adopta ambos conceptos y basa en ellos sus trabajos. En el intento de una reconducción más avanzada, lo masculino se le volatiliza en actividad y lo femenino en pasividad, y eso es harto poco.” [Cfr. “Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina

[1920]”, en *Obras Completas*, vol. XVIII, *op. cit.*, 1976, p. 164]. El par actividad-pasividad domina en el estadio de la organización pregenital sádico-anal y esta oposición impregna y domina la reflexión de la oposición masculino-femenino, pero lo sádico-anal es activo-pasivo, no masculino-femenino: “La soldadura entre la actividad y

lo masculino, y entre la pasividad y lo femenino [...] en modo alguno es tan omnipresente y exclusiva como nos inclinamos a suponer.” [Cfr. “Pulsiones y destinos de pulsión [1915]”, en *Obras Completas*, vol. XIV, *op. cit.*, 1976, p. 129]. Posición insuficiente y entorpecedora que sin embargo mantuvo hasta el final por ser la única que podía hablar de la oposición entre los sexos: “Para distinguir lo masculino de lo femenino en la vida anímica nos sirve una ecuación convencional y empírica, a todas luces insuficiente. Llamamos «masculino» a todo cuanto es fuerte y activo, y «femenino» a lo débil y pasivo. Este hecho [...] entorpece todas nuestras averiguaciones y dificulta su descripción. [Cfr. el “Esquema del psicoanálisis (1940 [1938])”, en *Obras Completas*, vol. XXIII, *op. cit.*, 1976, p. 188].

En Lacan, el uso del par masculino-femenino es muy freudiano, pero cuando se trató de hablar de lo femenino en sus “Ideas directivas para un congreso sobre la sexualidad femenina” [*op. cit.*], Lacan confesó no estar muy seguro de que ese término tuviera algún sentido y prefirió hablar de la sexualidad de la mujer. Lo que más sorprende, en efecto, es lo poco que dicho término aparece en el seminario *Aun* (cinco veces en total, una para hablar de la finitud de los espacios abiertos, donde los espacios habría que tomarlos no “uno por uno” sino en femenino: “una por una”; otra para calificar de femenino el mito de Don Juan como el de quien las toma “una por una”; la tercera para hablar del goce femenino en su relación con la faz de Dios como un goce que se siente pero del que nada se sabe; y las dos últimas para señalar lo poco que los psicoanalistas han hecho avanzar la cuestión de la sexualidad femenina y la esperanza suya de sacar algo nuevo al respecto en este seminario), lo cual señala una clara intención para hablar, en cambio, de hombre y de mujer. Así, por ejemplo, se trata del lado hombre y del lado mujer en las fórmulas de la sexuación y nunca de posiciones masculina y femenina. La sexualidad femenina es entonces la sexualidad de las mujeres, una por una, lo cual pone en juego un goce que les concierne.

¹² Cfr. Dany-Robert Dufour, *Locura y democracia*, Fondo de Cultura Económica, México 2002.



democracia, pero es necesario recalcar que la alteridad sobre la que se funda es una alteridad reductible sobre la base del “todos somos iguales”¹³.

Introduzcamos ahora las articulaciones de Jacques Lacan, con el mismo fin de seguir interrogando el lugar de la diferencia sexual en lo social. Lacan parte de Freud y respalda sus articulaciones. Pero en el puerto donde Freud se queda sin poder avanzar nada más sobre la mujer, me parece que la astucia lacaniana consiste en mirar de otra forma lo que de ninguna manera está oculto más que para la rejilla con la que se la piensa. Es esto: si la diferencia sexual se borra al tratar de pasarla por la significación fálica, pues hay que ubicar la diferencia sexual en lo que no pasa por ahí, en lo que resulta imposible pasar por ahí. ¿Qué de peyorativo tiene decir que no hay un significante que diga La mujer, sino desde el punto de vista del par igualdad-desigualdad? La astucia consiste en decir: puesto que es así, la mujer, si es cierto que la diferencia le concierne, es mejor que no exista. Y esto quiere simplemente decir: que no exista en el significante falo, en el orden fálico. Es el ardid que permite, entonces, hablar de un lado *hombre* y de un lado *mujer* en las fórmulas de la sexuación del seminario *Aun*. La jugada es magistral, tanto más cuanto que obliga nuevamente a pensar la diferencia como diferencia sexual fundamentalmente. Se acaban así las series infinitas, pues entre uno y otro lado se aduce una no relación (sexual, por supuesto), puesto que la relación sólo es posible con el falo, con el falo como significantizando la diferencia.

Y además la manera como se formula lo que concierne al lado mujer es bajo la forma lógica de lo no-todo, de lo no-todo fálico. Esto le da una particularidad al asunto de la diferencia: consiste en que la diferencia es objeción de lo universal fálico. El lado mujer no es “no falo” sino “no-todo falo”, es decir, lo que, sin negar ni renegar del falo, puede sostenerse desde la diferencia, sexual. Se pasa de las series infinitas, con base en la igualdad, a la diferencia. Podríamos, entonces, reformular un nuevo par de oposiciones ahora: igualdad (fálica)-diferencia (sexual), correspondientes al lado hombre y al lado mujer, respectivamente. Esto, por supuesto, no anula los lugares de lo finito y de lo infinito. Lo finito es reintroducido por una lógica de la diferencia sexual que objeta lo universal fálico (no hay mil y un sexos todos iguales entre sí) y lo infinito pasa a encontrar su lugar respecto a esa formulación no-toda en un goce sexual, que resulta al menos lógicamente pensable a partir de esta escritura lacaniana, como un goce diferente al goce fálico (infinidad del conjunto)¹⁴. ¿Qué significa esto para nuestros propósitos? Significa que aunque una mujer (¿deberíamos decir “lo femenino”?), lo cual consiste aquí en tomar la palabra desde una posición que no universalice, que haga objeción a tales pretensiones, pueda introducir o no una elasticidad en el lazo social, nunca podrá (ni le interesará, de hecho) modificar los fundamentos de lo social,

¹³ Una alteridad no reductible, en cambio, es la que recuerda, por ejemplo, el libro de Jean-Pierre Vernant, *La muerte en los ojos. Figuras del Otro en la antigua Grecia* [Gedisa, Barcelona 1996], en las divinidades de Gorgona, Dionisios y Artemisa. Cfr. también el comentario de Tania Roelens en “*La muerte en los ojos*”, en *Post data*, Número 13, Aldabón, Bogotá julio de 2001, ps. 47 a 54.

¹⁴ Cfr. las aclaraciones de Jacques Lacan al final de la sesión del 10 de abril de 1973.

pues su condición, para plantearse, ha de seguir siendo excéntrica, excéntrica a todo lo que se plantee como la verdad.

Con esta conceptualización, lacaniana, se pasa de la oposición fálico-castrado al par falo-no todo falo que obliga a conceptualizar lo femenino de la mano de la diferencia sexual y de las marcas en el cuerpo en tanto marcas de goce. La elección de situarse del lado hombre o del lado mujer supone, tanto la posibilidad de anudar una palabra en particular como las marcas concomitantes de goce que esculpirán un real corporal.

Dicho salto conceptual permite pensar de otra manera lo femenino y su relación con lo social, puesto que no es ya lo que está por fuera de toda referencia fálica sino lo que, con el falo y más allá de él, pueda sostener una palabra que hable de la castración de otra manera, que introduzca una resistencia a las palabras totalizadoras.

Pero (en efecto, tiene su pero), dicha palabra supone que nunca pueda ni aspirar a la universalidad ni erigirse como la verdad¹⁵. Y supone además que tampoco con las marcas de goce que le son concomitantes pueda erigirse un universal, sino que vayan “una por una”. Por eso Lacan no le da un nombre específico que lo ponga en el mismo nivel del goce fálico, en la medida en que eso lo ‘falicizaría’ irremediablemente. Sin embargo, no puede dejarse de constatar cómo la expresión “goce Otro”, hace ya camino de ‘falicización’. Para remediar en parte esta tendencia conviene recordar que la traducción al español es coja, puesto que se ve obligada a optar por la presencia de la palabra Otro para señalar ese vector que desde el ~~L~~ dirige al significante de la falta del Otro. Desafortunadamente esto hace olvidar que *jouissance autre* significa “goce diferente”. Se oponen así goce fálico y goce diferente, expresión que me parece afortunada en español porque recuerda que es ahí justamente donde se plantea el asunto de la diferencia sexual.

Ahora bien ¿en qué palabra, en qué decir, en qué escritura se constata un decir no-todo fálico? En todo caso, no en ésta, que por ello encuentra en este punto su límite y espera que otras tomen su relevo.



¹⁵ Ocurre con esto como con la izquierda cuando llega al poder: pasa a ser la derecha de otra izquierda que se erige como oposición.